MUNDO IBÉRICO

Unas novelas que son muy recomendables por su moral y amena lectura

LA NOVELA MENSUAL

N.º 1. La raqueta embrujada, Henry d'Asfeld, 1 peseta.
» 2. Trenzas de Abril, Paulina Elman, 1 pta.
» 3. Murks prepara su boda, Scherman, 1 pta.
» 4. Veleidosa, Enrique de Leguina, 1 peseta.
» 5. El error de Colette, Eveline Le Maire, 1'50 pesetas.
» 6. Magdalena, Julio Sandean, 1 peseta.
» 7. Jocelyn, A. de Lamartine, 1'50 pesetas.
» 8. La casa de las pulgas, Abel King, 1 pta.
» 9. El gran amor, Guy Chantepleure, 1'50 pesetas.
» 10. Novios sin saberlo, Tomás Orts-Ramos, 1 peseta.
» 11. La conquista de la dicha, Champol, 1'50 pesetas.
» 12. Amor en el camino, María Luz Morales, 2 pesetas.
» 13. Nuria, la del velo de novia, Adolfo Falgairolle, 1 peseta.
» 14. Una hora de «flirt», William Morton, 1 peseta.
» 15. Amor subconsciente, Berta Ruck, 1'50 pesetas.
» 16. La institutriz, Eugenia Marlitt, 1 peseta.
» 17. Las dos Rosas, Carlota Braemé, 1'50 ptas.
» 18. Eva Glaytond, Carlota O'Neil, 1 peseta.
» 19. Ladrón de amor, Marc Mario, 2 pesetas.
» 20. Último amor, Jorge Onhet, 1'50 pesetas.
» 21. El amo después de Dios, René d'Anjou, 2 pesetas.
» 22. El Caballero Bella-Rosa, 1'50 pesetas.
» 23. Buena amiga, De Rouget, 2 pesetas.

Puede usted adquirirlas en las mejores librerías y kioscos o en

EDITORIAL LUX : Consejo Ciento, 347 : BARCELONA

RAMÓN TERMENS BADAL

Material de archivo moderno
Carpetas, Indices, Fichas
Muebles de madera y metal
Ficheros de cartón y madera

Sistema Leo, Marca registrada

Unica casa en España dedicada exclusivamente a este negocio y con talleres propios de ebanistería y artes gráficas con todos los adelantos para la manufactura de su material. Más de 5,000 instalaciones en toda la nación. Solicite catálogos y datos, que enviamos gratis. Casa la más económica de España

Ronda de San Antonio, 84 : Teléf. 1905 A.

Toda clase de operaciones de BANCA y BOLSA

TELÉFONOS
A-956 (Dirección)
A-976 (Oficinas)

BANCO DE VALORES Y CRÉDITO

Ronda Universidad, 37 (junto Plaza Cataluña) BARCELONA

Dirección telegráfica y telefónica:
Valorsbank
Apartado 821

MUNDO IBÉRICO

Revista Quincenal Ilustrada ▫ Director : Mario Verdaguer

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
Consejo de Ciento, 347 : Teléfono 131-A

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN
España, Portugal y América : 10 pesetas año
Otros países : 15 ptas. año ✦ Número suelto : 0'50 ptas.

ANIS DEL MONO

AÑO I :: NÚM. 2 BARCELONA, 20 JUNIO 1927

MUNDO IBÉRICO

Revista Quincenal Ilustrada

Director : MARIO VERDAGUER

BIBLIOTECA CENTRAL BARCELONA

El derecho a los pequeños monstruos

Por Ramón Gómez de la Serna

La fuerza principal de atracción de la fantasía, lo que obra sobre ella con una fuerza contrapuesta a la de gravedad y que embuda su cabeza hacia el cielo, es la de sospechar, atisbar o acariciar lo sobrehumano.

De ahí la reaparición del superrealismo de vez en cuando, un superrealismo que ha palpitado siempre la mente española, pues siendo nuestro espíritu eminentemente realista, desde ese realismo se han hecho las

excursiones fantásticas y por eso siempre han resultado superrealistas en vez de superfantásticas.

La mentira de la monstruosidad fué una de las escapadas a la realidad que tuvieron

los españoles del pasado y por eso llenaron sus relatos y sus cartas de monstruos que habían visto y en los que siempre lo humano y lo factible alternaban con lo imaginario. No eran los máximos endriagos los que inventaban, sino humanas variantes de la realidad, algo así como personas duendes en que la persona se injertaba a su máscara.

Si el alemán hubiese sido el descubridor de América hubiera inventado allí seres dragónicos, maquinarias inmensas de la Fantasía, montañas de ensueño, mentiras del tamaño de los saurios, ensueños de la música, más que superrealidades fantasmagorias.

Sólo al español inquieta en lo que cabe la realidad, pone muecas entre burlonas e inverosímiles al final de los caminos claros que descubre. Comprende que para que la realidad sea más pintoresca y singular hay que hacerla desvariar y diversificarla fuera de sus límites, pero muy al margen suyo, al borde del camino, haciendo posible la caza y el encuentro con lo fabuloso.

Los descubridores y viajeros españoles ven mujeres con doble busto y doble rostro, mujeres que no necesitan cumplir ninguna baja necesidad, mujeres con el rostro sobre el ancho descote como mujeres lunares y hombres raudos como pájaros y otros con orejas inmensas para oir lo más lejano que sucede en el comienzo de las selvas.

Por las cunetas de la realidad, cruzando un momento el camino, aparecen las alucinaciones que deben tener consistencia real para que tienten al viajero, pues el español ha tenido siempre la sensualidad de lo superreal, el deseo del ayuntamiento extraño, siendo eso causa de las grandes curiosidades malsanas que le han llevado a perseguir los híbridos con asalto de las puertas que los recataban y poniendo el oído en todas las rendijas por donde se les podía atisbar.

Quizá lo que movió más a los viajeros por selvas y vericuetos, siguiendo las fecundas márgenes de los ríos, era ese deseo de encontrar las criaturas extraordinarias, los pudores inéditos, la superación de la realidad sin exceso.

Hay un derecho marginal en la vida que es lo que más le devuelve su interés y que es sed de un cielo sí y otro no.

Estamos en el cielo sediento. Necesitamos inquietar la vida, problematizarla, crear nosotros también nuestros pequeños monstruos, nuestras posibilidades fuera de lo evidente, una especie de delirio de ritmo estrecho que supere la vida cotidiana.

Después de una época naturalista en que ha querido encuadrarse todo en la matemática de su nitidez, tenemos que bifurcar esa realidad, que extralimitarla, que tremulecerla.

Practiquemos el derecho de los pequeños monstruos y saquemos de sus casillas a la realidad. Por el humorismo se ha llegado a esa superación, pues siempre será entre seria y trágica la mueca de lo superreal tan distinto a lo irreal, ya que en lo irreal se

puede reconquistar lo fantástico y recomponer sus símbolos elevándolos a capricho.

Si el escepticismo fatal que ha traído a la vida el esclarecimiento que la tiene anegada en luz y evidencia, no permite la remonta-

ción de los grandes símbolos, tanto que la fantasía que se periponga mucho pueda quedar en ridículo, nos queda el trabucamiento y rebalbuceo de lo real, el pequeño miraje en el azar marginal, el cierto desquiciamien-

to con ritmo corto que necesita el espectáculo de la vida. Para hacerla desvariar un poco y sentir el gusto de lo que se escapa y se supera dejando sospechar, suponer, barruntar...

Dos cuentos de "Mundo Ibérico"

Bogdanof, el loquero

Por CRISTÓBAL DE CASTRO

I

Soliloquio

Corrió, bajo la nieve, refugiándose entre la multitud que llenaba el pórtico de San Isaac. ¡Qué tardecita! La gran plaza del Sínodo, desierta, mostraba en el inmenso, albo tapiz, los surcos negros del paso de trineos y troikas.

Los pobres inválidos de Crimea, con sus altos gorros de piel, daban guardia, fusil al hombro, en torno al monumento de Alejandro III. Enfrente, en el Hotel de Inglaterra, había luminarias para una tómbola. Hacia la izquierda, el enorme palacio del Sínodo, erguía su pesada mole, de fachada amarillenta.

Y, del lado del río, entre jardinillos, aterridos en su desnudez, Pedro el Grande, con túnica romana, como Escipión, jinete en un robusto caballo, tendía la diestra hacia el Neva, desde su gigantesco monolito.

Bogdanof absorbió, como un ebrio absorbe el licor, la tristeza infinita del anochecer. El pórtico, abarrotado de gentío, tenía sordos rumores de mar en resaca. Popes, lentos y graves, de altos bonetes y anchas túnicas, abríanse paso, a empujones. Burguesas opulentas, llenas de joyas, se apretujaban, entre maliciosas risas, para colocarse en primer término. Militares infatuados y bigotudos formaban corros de opereta. Y luego, bien detrás, la masa, densa y sucia —artesanos, empleadillos, cheloviets—cambiaba cuchufletas y pellizcos, empinándose para ver caer la nive.

Como siempre que se encontraba entre la multitud, Bogdanof sentíase más solo, más desamparado, más vencido. Lucían ya los faroles del alumbrado público, los focos del Sínodo y del Hotel de Inglaterra. De cuando en cuando, un *vornik* (portero), con su farolillo a la cintura, pasaba, conduciendo a un borracho.

¿Por qué estaba allí? Estaba allí, como impulsado, como barrido por la vida, humana hoja seca, desprendida del árbol de la voluntad, a merced de lo inconsciente. Respondiendo a su pensamiento, se encogió de hombros.—¿Qué más le daba estar allí que en otro sitio? Y ¿en qué sitio podía estar sino allí? ¿Tenía, acaso hogar, familia, empleo, ocupación, propósito alguno, esperanza alguna, ni siquiera deseo alguno?

Desde que el día anterior lo despidieron, por exceso de personal, de la fábrica de Alexeief, en la Marskaya, vagaba por San Petersburgo, como una sombra. Recordó su última comida en el Dominiquino, su último rublo, entregado de propina al *iztovschit* (cochero) que le llevó, de madrugada, hasta el puente de San Nicolás. Su cobardía ante el estruendo de las aguas del Neva, que le ofrecían una muerte incierta, braceando entre las angustias del ahogo... Su paso ante las fogatas del cuartel de Sadowa, donde un sargento bizco se emborrachaba con dos lumias.

Y ahora estaba allí, en el pórtico de la Catedral. ¿Para qué? No era lo bastante optimista para desear la Vida, ni lo bastante pesimista para buscar la Muerte ¿Entonces?... Habituado al soliloquio mental, abismóse en él. Lanzóse a las regiones quimé ricas, entre vigilia y sueño. Fué un vago explorador de lo Inconsciente. Atravesó la vasta zona mental donde conviven todas esas fuerzas ignotas que nos arrastran fuera de la conciencia, de la razón y aun del deseo Mundo que, como ha dicho Stankievizt—y han repetido luego franceses como Flournoy, Montel, Claperade y Chaskin; alemanes como Rank, Pfister y Sadger; austriacos, como Freud, Adler y Jung; suizos, como Maeder y Baouin; angloamericanos como Jones, Hollard y Jellife—es «la realidad interna del hombre».

De repente, sintió que le tocaban en el hombro y oyó una voz que le gritaba con júbilo:

—¡Napoleón! ¡Napoleón!

II

Diálogo

Volvióse, receloso, hostil. Hallábase enfrente de un hombrecillo, todo barbas, como un gnomo, que le estrujaba entre los brazos, mientras iba endilgándole imprecaciones cariñosas.

—¡Mal bicho! ¡Desagradecido! ¿Dónde te metes? ¡Catorce años, preguntando por tí! ¡Napoleón! ¡Napoleoncete!

Bogdanof rechazaba al gnomo, entre balbuceos:

—¡Quite! ¡Usted está confundido! ¡Déjeme!

Arrugó el hombrecillo el ceño—¿Cómo confundido? ¿Que no era Napoleoncete, el del Liceo Pedro, el Grande?

Dióse una palmada en la fdente.

—¡Ah! Ya. Tienes razón. No eres Napoleoncete. Napoleoncete tenía una verruga entre las dos cejas. Pero ¿a que eres «Grullita»? Me juego la cabeza a que eres «Grullita».

A esta palabra de «Grullita», abrióse Bogdanof, entero, emocionado y cordial, como ante su infancia, resurgida.

—Verdad. Soy «Grullita». Pero... tú...

¡Acabáramos! El gnomo era Lavin, Miguel Ivanovicht Lavin, más conocido por el Monje, a causa de su misticismo colegial.

—¿Qué es de tu vida?—inquirió el gnomo, alargándole un *papirossi* (cigarrillo).—¡Catorce años! Anda, cuéntame ce por be.

—¡Psé!—replicó Bogdanof, eludiendo.—¿Y tú, qué te haces?

—Pues yo, chico, estoy de loquero en Oraniembau.

—¿Loquero?

Fué como si en el alma de Bugdanof hubiese explotado un barreno. Nubes de humo y polvo, trepidaciones, confusiones. Durante los primeros instantes, permaneció mareado, aturdido. Poco a poco, fué recobrándose... ¡Loquero! Es decir, guardián de locos. Es decir, habitante de otro planeta humano. Sintió la tentación invencible de aquella humanidad tan desconocida y tan diferente. ¿No quería dejar la vida, huir de esta aborrecible humanidad cuerda? Pues he aquí que el «Monge» le mostraba la otra, como Moisés a los hebreos la Tierrra de Promisión.

—Loquero, sí. ¿Te parece raro?

Miguel Ivanovicht Lavin se explicó. No era tan raro como parecía. Ni los locos tan locos como se cree. Un manicomio es un horror; mas para el vulgo. Para quien se precie de observador, es lo más interesante del mundo. El llevaba en Oraniembau cuatro años, día por día. Y estaba contento. Y alegre. Reía, como un gnomo de Perrault, como un enano de Amadís. Exaltaba la dignidad de su oficio, científico, como la Medicina, humanitario, como la Caridad.

—Además, ¡si vieras!... ¡Los locos! Es la única gente cuerda... Créeme...

Cuando Bogdanof le contó su vida, exponiéndole situación tan angustiosa, Lavin casi se echó a llorar. Luego, reaccionando, se animó con la exclamación rusa:

—¡*Nitchevó*! (¡No importa!) Ya lo arreglaremos, «Grullita». Confía en mí...

Días después, Bogdanof ingresaba en Oraniembau, de loquero.

III

Guardia nocturna

De madrugada, la crujía, era un espanto. Se helaban hasta las palabras. Obscura como boca de lobo, su silencio, de cárcel o panteón, sólo era interrumpido por algún grito, ahogado y lejano, y por los pasos de los loqueros de guardia.

En el centro, bajo un gran foco eléctrico, ardía una fogata inmensa, rodeada de taburetes. Bogdanof y Lavin, sentados, dormitaban. De vez en vez, un grito los despertaba, escalofriándoles el cuerpo. Entonces, reencendían los apagados *papirossi*, trincaban un trago de *bodka*, bostezaban ruidosamente, los brazos en cruz:

—¡Aaah!

Luego, ya más despabilados, comenzaban a pasear, recorriendo las celdas, fisgando por la mirilla, en un diálogo mudo, de largos guiños y expresivos ademanes. Bogdanof estaba en sus glorias. Su alma hosca, de misántropo, se enternecía ante el nuevo panorama espiritual, como la de un pintor ante un paisaje maravilloso. La ingenuidad característica de los locos, su astucia inocente, su lógica, arbitraria e inconexa, como la del niño, lo retrotraía a su infancia. Las mismas furias de los alienados, por lo rápidas y frrenéticas, tenían mucho de pueril. ¿No era como vivir entre una humanidad virgen, horra de mentiras sociales, extraña a la maldad del hombre y a los disimulos de la mujer? ¿No equivalía a haber hallado la Muerte, sin dolor ni angustia, a haber resucitado, después, en un nuevo planeta humano?

Tenía razón Lavin. Los locos son la única gente cuerda. Además, ¿dónde estaba la Locura, sino en los cuerdos del planeta antiguo? ¿Cuáles de sus aspiraciones tenían fundamento real? ¿Había ni una sola que no estuviese en pugna con el pensamiento o el sentimiento? ¿Erale dable a un hombre cuerdo realizar una sola de sus locuras?

En cambio, cada loco las realizaba fácilmente, totalmente, con una omnipotencia de dios más que de hombre. ¿No era, pues, cada loco un dios?

Estas ideas de Bogdanof, cuchicheadas en la guardia nocturna, mientras menudeaba los trinques de *vodka*, apabullaban a Lavin, que, dando cabezadas, pugnaba por erguirse en el taburete.

—¿No es cada loco un dios? ¿Eh?... ¿Eeeh?... Tú... ¿Estás hecho un tronco?... Responde... ¿No es cada loco un dios?...

—¡Huuum!—gruñía Lavin, en un retemblido.

—Aguarden un momento. En seguida soy con ustedes.

Y, dirigiéndose de nuevo a Bogdanof:

—Vamos a ver... ¿Está usted contento en el cargo? ¿Nota gran diferencia entre el mundo de los locos y el de los cuerdos?... Vamos a ver... Tengo curiosidad... Me dicen que es usted un hombre muy original, muy inteligente... Vamos a ver...

IV

La sorpresa

—¿Que me llama el Director? ¿Para qué? —inquirió Bogdanof, abandonando la manga con que regaba los rosales.

Cuando penetró en el despacho, el Director, abroquelado tras sus gafas negras, le indicó una silla. Bogdanof, confiado y tranquilo, tomó asiento.

—Vamos a ver—comenzó el jefe. Mas, de pronto, se interrumpió, viendo aparecer en la puerta a dos hombres.

Bogdanof comenzó una disertación abtrusa y vibrante. Claro que estaba contentísimo. Claro que había diferencia entre los cuerdos y los locos. Como que los locos eran los cuerdos y al revés: los cuerdos, los locos. ¿Por qué? Porque los cuerdos eran hombres y los locos, dioses.

Hablaba apasionado, encendido, manoteando, jadeante. Súbitamente, el Director hizo una seña. Los dos hombres, cayendo sobre Bogdanof, pusiéronle la camisa de fuerza. El Director, en pie, ordenaba:

—¡Cuidado!, ¿eh? No tarda dos minutos el ataque furioso... Cuidado, ¿eh?

EL SALUDADOR

Por AUGUSTO MARTÍNEZ OLMEDILLA

Adormilado aún, el redoble de un tambor, interrumpiendo la placidez pueblerina, disipa las últimas nebulosas del sueño. Abro los ojos, mientras la voz del pregonero salmodía su retahila, que no pude entender. Luego, el murmullo de la turba que sigue al funcionario, va aproximándose, hasta detenerse en la esquina inmediata. Nuevo redoble, y en seguida el pregón que clara y distintamente llega ahora a mis oídos:

—De orden... del señor alcalde... que a la salida... de Misa mayor... pasen por el atrio de la iglesia... todos los animales del Concejo.

Otro redoble. El zumbido de enjambre, intenso al pasar bajo mis balcones, va amenguando, hasta llegar a otra esquina, donde cesa, para escuchar el pregón nuevamente.

En la calma ancestral del villorrio serrano, cualquier suceso, por nimio que sea, adquiere proporciones de acontecimiento. Y este pregón, cuando menos, excita mi curiosidad. ¡Una convocatoria dirigida a todos los animales del Concejo!... Equivale a convocar al censo íntegro de la población.

Nicolasa, mi ama de llaves, me informará debidamente. Nació en esta aldea, y por su insinuación instalé aquí mis lares, huyendo del tráfago cortesano. Pulso el timbre. No se hace esperar la buena mujer, llevándome, como de costumbre, el humeante pocillo de soconusco y la historiada pirámide de bizcochos. Mientras me incorporo e instalo las viandas en la mesita de cama que Nicolasa me aproxima, inquiero:

—¿Ha oído usted el pregón, Nicolasa?

—¡Pues digo, don Fermín! Desde ayer me lo sé de memoria. Mi primo, el talabartero, que es uña y carne del síndico, me lo dijo en la tahona.

—¿Y cómo lo tuvo usted tan callado?

—Por no alarmarle, don Fermín.

La miro, un tanto sorprendido por sus palabras. ¿Qué es lo que puede alarmarme? El universo se circunscribe a mi persona. Vivo en mi casita recóndita, ni envidioso ni envidiado. Tengo la pitanza segura, hasta donde cabe en la humana previsión. Carezco de amigos y de parientes. Voy dejando desgranar los días, sin inquietudes ni zozobras, en espera del postrero. ¿Qué puede alarmarme a mí?

—Sepamos qué es ello, Nicolasa; sepamos.

—Ha rabiado un perro en la contornada. Tal vez haya mordido a otros. El señor alcalde ha dispuesto que se revisen todos los animales por el tío Cenón.

—¿Algún veterinario?

—No, señor. ¡Qué disparate! El tío Ce-

Varios escopeteros conducen a culatazo limpio una pareja de húngaros.

nón, el de Sanquillo, el saludador más cabal de la comarca.

—¡Ya!—sonrío, escéptico.

—No se ría, don Fermín, que es cosa seria. Los saludadores tienen don del cielo y saben qué animales están dañados por la rabia y cuáles no lo están.

—Serán adivinos, sin duda.

—No, señor. Es que su vista penetra más que la de todos, y les permite ver el humillo que sale de los animales dañados, porque Dios ha querido concederles esta virtud, para librarnos del mal de la rabia. Que no le oigan en el pueblo burlarse de cosa tan seria, don Fermín. Por menos he visto apedrear a más de cuatro...

Hago promesa solemne de no merecer las iras del público rural, tan sencillo como temible. Y para no incurrir en desagrado de nadie, lo mejor es abstenerse de presenciar la ceremonia. A Dios gracias, el pregón no me afecta. Ni siquiera tengo gato. Prefiero los ratones... y éstos no es fácil conducirlos a presencia del tío Cenón.

Me lavo y arreglo para ir a misa. La mañana está espléndida. El sol dora los campos. Todo sonríe. Los vecinos con quienes me tropiezo, camino de la parroquia, me saludan afables y respetuosos. Invade mi alma sano optimismo que me induce a bendecir la hora en que dejé la vorágine ciudadana por la paz geórgica de mi retiro. Aquí se respira mejor, se duerme con placidez, se digiere con facilidad. Hasta oigo la misa con más recogimiento. La civilización es enemiga de la pureza espiritual. A medida que el hombre avanza, Dios retrocede.

Al salir del templo, hallo totalmente ocupado el atrio. Hombres y animales revueltos, como debieron estarlo al instalarse en el Arca de Noé. ¿Qué era aquello? ¡Ya! El pregón...

No me interesa la ceremonia en perspectiva, pero me quedo. ¿Por curiosidad? Por inercia. Tanto me da estar en el atrio como dirigirme a mi hogar, donde no me aguarda nadie.

El alcalde y el síndico, con sus anchos sombrerones y sus recias pañosas, pese al calor, que ya empieza, instálanse con toda solemnidad en el testero menor del recinto. Entre los dos, también endomingado, el tío Cenón se dispone a ejercer su transcendental ministerio. A una seña del alcalde, redobla el pregonero, y luego dice:

—De orden... del señor alcalde... va a comenzar el reconocimiento... por el tío Cenón, de Sanquillo.

Irguióse el saludador, engallándose, convencido de la importancia de su papel. Es un hombrecillo rebajuelo, con ojos recónditos de ladino mirar. El alguacil procura establecer un orden entre la concurrencia, y da comienzo el desfile.

Aunque la convocatoria afecta a «todos los animales del Concejo», el tío Cenón deja pasar, indiferente, caballos, mulas y vacas, fijándose con preferencia en los perros y tal vez en algún gato que otro. Serio, silencioso, hierático, hace un ademán con la diestra para que pase el animal indemne, y otro le substituye ante su presencia. De vez en vez, sus ojuelos se fijan, escrutadores, en un perro, quizá en un gato, y con dedo inflexible lo señala, diciendo:

—Dañao.

El tío Cenón

—Dañao.

Nada más. Pero basta. La palabra es una sentencia inapelable. Dos vecinos, armados de escopetas, cogen al reo sin culpa y lo conducen a la salida del pueblo. A poco se oye una descarga. La justicia sanitaria se ha cumplido.

Me dispongo a abandonar el atrio, cuando una escena imprevista me detiene. Varios escopeteros conducen a culatazo limpio una pareja de húngaros trashumantes que ya merodeaba por los alrededores los últimos días. La mujer trae un chico a horcajadas en la cadera, y el hombre lleva encadenado un oso gris, de sucia pelambre. Un perro de lanas hace cabriolas en torno a sus amos. Entre todos se ganan la subsistencia. El hombre tañe un enorme pandero, la mujer canta, el oso baila y el perro, andando en dos patas, pasa el platillo ante la concurrencia, que casi nunca se da por aludida.

El grupo penetra en el atrio y se abre camino a empellones hasta aproximarse al tribunal.

—¿Qué pasa?—inquiere el alcalde.

—Aquí, estos húngaros, que se negaban a venir—dice uno de los escopeteros.

—Y nos han querido pegar con el garrote.

—A mí, la mujer me ha arañado.

El alcalde tuerce el ceño y ordena:

—Que se pongan en turno para examinar las bestias.

Les obligan a obedecer. Ellos ignoran de qué se trata. Desconocen las costumbres y el idioma. En vano pretenden inquirir y sincerarse con palabras ininteligibles.

Pronto les llega la vez. En los ojuelos recónditos del tío Cenón brilla un rayo de maldad. Su dedo inflexible señala al perro de aguas, que, viéndose ante la multitud, cree estar representando y anda en dos pies, gallardamente:

—Dañao.

Y después, señala al oso.

—Dañao.

Los húngaros no entienden aquello. Pero ven que les arrebatan los dos animales que son base de su menguado vivir. Y el hombre apostrofa en su lengua, y la mujer llora, y el pequeñuelo grita, mientras los escopeteros arrastran al oso y al can hacia la muerte. Tras ellos caminan los húngaros, barruntando una gran desgracia, que no aciertan a explicarse.

Mi mano se crispa sobre el puño del bastón. ¡Ah, si tuviese un arma, o treinta años menos!... Sin poderme contener, exclamo:

—¡Lo que habéis hecho es un crimen!

Todas las miradas se vuelven torvamente hacia mí. Alguien me tira de un brazo.

—¡Por Dios, vea lo que hace, don Fermín!

Es Nicolasa, que ha presenciado la escena y quiere evitarme un grave mal. Me arrastra hacia fuera, y, dócil, la sigo.

—Vamos a casa, don Fermín; no se meta con ellos...

—Dice usted bien: vamos a casa; y mañana mismo, a la ciudad, o al infierno; lejos, muy lejos de aquí...

Retumban los disparos. La sentencia está cumplida. El sol se ha escondido tras una nube, como si, avergonzado, se negase a presenciar aquella infamia.

RETRATOS DE NIÑOS

UN ENTUSIASTA

Por MARÍA LUZ MORALES

Chocó contra el pretil, súbitamente roto el impulso de la carrera por el obstáculo no visto. Las rosadas uñitas roídas de adolescente se hincaron en la piedra, contrajéronse los brazos parando el golpetazo, y el cuerpo no dió la inminente voltereta. Se tambaleó un momento de atrás a delante la exigua figurilla, como un monigote de feria, y al fin recobró el equilibrio, quedando rígida, tiesa, inmóvil. Se abrieron inmensamente los ávidos ojos, escrutando en torno. Suspiró la boquita cándida, dando paso por primera vez al encendido alentar de la fatiga.

Danzaba la Primavera en el hálito cálido del viento, en los brotes, de un verde tierno, de los árboles, en la cinta de plata y azul que bajo el puente cantaba y corría, en el ropaje nupcial de los almendros, todo cuajado de promesas... Todo era nuevo en el momento nuevo... Las manos del pequeño, desasiendo el pretil, palparon el propio cuerpecillo menudo, la carita inundada de sudor. También él parecíase un ser nuevo, desconocido. ¿Dónde estaba el habitual delantalón azul? ¿Dónde su timidez, su debilidad? Era casi mediodía. ¡Oh, qué lejos se habían quedado la abuela, las tiitas! Albeaba apenas cuando él ya corría, corría por las calles primero, por los campos luego. Mas, ¿no se escuchaba ahora, en la lejanía, sonar de tambores y de trompetas?

Suspiró otra vez, llevándose las dos manos al corazón, que le saltaba con violencia en la angosta caja del pecho. Y de nuevo prendió carrera hacia las trompetas, hacia los tambores. La Primavera corría a su lado.

* * *

El chiquitín de la casa era huérfano. Nieto de militar. Hijo de militar. Debilucho, enfermizo, menudo, apocado, su orfandad no fué desamparada, ni su poquedad desatendida. Al contrario. Perdió una madre: halló tres. La abuela, todavía vigorosa, las dos tías solteras, ya voluntariamente solteronas y al pequeño consagradas, le rodearon de todo mimo, de toda suavidad, de toda blandura. Fué así a tres voces la canción de cuna entonada a su cabecera. Triples fueron también los dones con que le regalaron las buenas hadas madrinas. Vivió infancia opulenta y aristocrática. De su padre le quedara buena renta que las santas mujeres gastaban en él y ahorraban para él. Nada le faltó. Ni bienestar, ni cariño. Se crió como un príncipe.

Y, como del camino de los príncipes, fueron apartadas las espinas de su camino. Y, como los ojos de los príncipes, fueron cubiertos sus ojos con rosada venda; su sensibilidad, preservada de todo choque por coraza de blando vellón amoroso. Como en torno a las cunas principescas, en torno a su cuna congregáronse, a un tiempo que todos los amores, todos los temores. Temor a la Muerte. Temor a la enfermedad. Temor al dolor. Temor a la alegría. Temor a la precocidad. Temor a las impresiones violentas. Temor a las malas compañías. Temor al estudio y temor a la ignorancia. Temor a las corrientes de aire. Temor al calor y al frío, y a la tormenta, y a la calma. Temor al odio. Temor al amor... Fuera el cuento de nunca acabar la enumeración de todos los temores que en aquel puñadito de frágil carne rosada pusieron las tres santas mujeres. La vida de la anciana venerable, las vidas de las dos mozas maduras — tres madres de un mismo hijo por ninguna concebido — estaban todas entrelazadas de temor. Y así moldearon al chiquillo también medrosico, encogido, inepto... Jamás le permitieron reunirse ni jugar con otros chicos de su edad. Siempre le evitaron la excitación y el peligro de los juegos violentos, ruidosos. No le dejaron ir al colegio, que tuvo maestros en casa. Acababa de cumplir trece años, y nunca — nunca, hasta *aquel día* — había salido solo.

Ni él lo deseaba. Su timidez le era valla insuperable ante todo y para todo. Malestar, congoja, le atenazaban apenas advertía no hallarse bajo la protección inmediata de las tías, de la abuela... Así crecía seriecito, estudioso, sin despegarse un punto de las amplias faldas maternales. Y así no vivía su vida de niño, sino que compartía las vidas de las tres damas prudentes. Era un ancianito prematuro, que rezaba el rosario sin tirarle al gato del rabo, que tomaba, sin chistar, las medicinas más amargas, que soportaba las interminables veladas de las buenas señoras, dueñas de su hogar, sin dormirse ni hacer travesuras... y aun prestándose de buena gana a leer en alta voz el periódico mientras ellas — cabalgantes las inútiles gafas sobre las caballunas narices — hacían calceta. Pero no... ¡pero no! Dentro de su corazoncito tímido daba audaces brincos la Primavera.

De pronto, como al abrirse de una ventana sobre el campo y el mar, el estudio de la Historia puso un ancho mundo delante de los ávidos ojos prudentemente vendados por la triple previsión materna. La lectura de los hechos heroicos de la antigüedad encendió el corazón del pequeño como brasa viva. La visión lejana de las bárbaras batallas le llenó de espanto y de gozo. Se saturó de epopeya... Vibró, aprendiendo a pronunciar, reverente, los nombres de los héroes admirados, amados. El chiquitín de la casa, incapaz de matar un mosquito o perseguir un ratón, se estremecía de ardor bélico, vivía en plena gesta cruenta. Se identificaba de tal modo con los guerreros de su dilección que existía más en sus vidas que en la propia. Su imaginación corría, volaba, a expensas del cuerpecillo inactivo. Porque el chiquitín de la casa era un entusiasta.

No duró esta fiebre lo que suelen durar los infantiles caprichos. Antes creció con los años, y, lenta y certera, se situó en el espacio y en el tiempo. El niño que nunca supo jugar al marro, que desconoció todo cariz de travesura, conoció al detalle las aventuras guerreras de su país; en periódicos y revistas y relatos de parientes y amigos, siguió paso a paso el camino de los hombres que iban a su frente. Admiró a muchos; los envidió a todos; reverenció a varios; deificó a uno.

Era aquel cuyo nombre vibraba en el mundo con retumbancia de trueno. El que a un tiempo ganaba batallas y dictaba leyes, desmoronaba tronos y los levantaba; cuya figura agrandábase hasta llenar el país entero. El que era para todos un valiente, un héroe; el Héroe para el tímido niño entusiasta que aún jamás le viera. Y que, al pensar en su ídolo, temblaba de puro fervor.

—Me duele quitarte ese gusto — sentenció la abuela la víspera de *aquel día* en que el Héroe debía entrar en la ciudad después de resonante victoria sobre un bárbaro enemigo, — pero *temo* que te haga daño una emoción semejante, hijo mío. ¡Eres tan impresionable! No acudiremos, pues, a esa entrada triunfal. Ya la verás en el cine.

Y la tía Cinta corroboró:

—También son de temer las apreturas.

—Y el calor — añadió la tía Teresa.

Y las tres buenas señoras tornaron a fijar los apagados ojos — por encima de las inútiles gafas — en la, un punto interrumpida, calceta.

El corazón del niño se hizo chiquito, chiquito como una avellana. ¡No vería, pues, al Héroe, a su Héroe; no sumaría su vocecilla de entusiasta al clamor de la victoria! Pero aquello era una inaudita crueldad; era más que arrancarle un pedazo de vida. Fiebre de anhelo, tenía desde largos días atrás, pensando en el día, en el momento que se acercaba. ¡Y ahora los eternos temores de las que le amaban alejábanle indefinidamente del momento, del día. ¡Ah, no, no! Por vez primera le encendió el rostro la llamarada de la rebeldía; por única vez tomó una decisión propia y firme. Por encima de todo y de todos, aun de la propia poquedad, aun de la propia cobardía, asistiría a la triunfal entrada del Héroe.

Amanecía apenas cuando el chiquitín de la casa bajó las escaleras tácitamente, con los zapatos en la mano, para no despertar a las tías, que, en cercanas habitaciones, velaban su sueño. Descorrió el cerrojo furtivamente, sin otro ruido que el de los golpetazos de su corazón. Abrió, lentamente. Avanzó un pie, los dos...

Y penetró, a carrera tendida, en la mañana primaveral, que le acogió en su regazo como a un hijo largo tiempo ausente.

* * *

Seguía corriendo hacia donde le llamaba el sonar de trompetas y tambores. Era más lejos de lo que parecía y el chiquillo sentíase ya fatigado, exhausto. Pero no dejaba de correr. Atravesó los campos serenos; llegó al estruendo, a la confusión de las calles repletas de gente. El vocerío era indescriptible. Dos murallas humanas se alineaban a los lados de la carrera y avanzaban y retrocedían en unánime oleaje, a la orden y al empuje de los soldados. El pequeño se detuvo, perplejo. Por un momento le inundaron todos los temores. Pero los tambores sonaban más cerca. Con la cabeza, con los bracitos, el niño horadó la montaña humana y se incrustó en ella.

Ahora veía menos que antes el centro de la carrera, por donde el Héroe debía pasar. Como era chiquito, la muralla le ahogaba; todo era negro a su alrededor. Se aproximaban los tambores y las trompetas en marcial sonido distinto. El vocerío se elevó hasta apagarlo. Una inmensa congoja se apoderó del pequeño al imaginar que el Héroe pasaría por delante de él sin que él le viera. Levantó la angustiada mirada en demanda de un poquito de compasión para su entusiasmo. A su lado un hombre harapiento, barbudo, de mirada torva y pésima traza, con una mano oculta en el bolsillo del pantalón, luchaba también por colocarse en primera fila. Pudo lograrlo, empujando — ¿compasivo? — al niño delante de sí. El Héroe pasaba. Desmesuradamente abiertos los ojos del niño le sorbían, inundándose toda la blanca almita fervorosa de la épica imagen. La boquita cándida, contraída aún, se entreabrió sonriente para dejar paso a un vítor. Mas...

Sonó una detonación al oído mismo del pequeño, cuya mano derecha se halló, sin saber cómo, agarrotada en torno a la frialdad de un arma. El caballo del Héroe dió un bote y el Héroe se llevó la mano al hombro... Un alarido inmenso se levantó hasta el cielo, llenó las calles todas, la ciudad toda. El triunfal entusiasmo tornóse furia de inmediata venganza. Mil zarpas se hundieron a un tiempo en las carnecitas cándidas para destrozarlas; mil pies patearon el cuello inocente, mil puñales se clavaron en el pecho noble, desgarraron el corazón fervoroso. El vítor naciente se transformó en grito único, agudísimo, hiriente, de suprema sorpresa, de dolor supremo y suprema rebeldía ante la injusticia suprema. Al vidriarse los ojos del niño guardaron la imagen idolatrada del Héroe, llevándose la mano al hombro. Sus oídos, antes de ensordecer para siempre conservaron el eco de la voz adorada, escuchada por primera vez. Decía:

—No ha sido nada. Sólo una rozadura.

ESTAMPAS DEL MADRID VIEJO

Después de la comedia

Por DIEGO SAN JOSÉ

Acabó la comedia, y acabó en paz y en gracia de Dios sin estruendo de los «Mosqueteros», ni alboroto en la «cazuela», porque ella es de las de Federico *el Grande*, con su gran parada, su batalla descomunal, los consiguientes raptos y los pavorosos e inevitables incendios en toda obra que se precie de ser verdadera pieza de teatro. Triunfaban los oprimidos, eran castigados los traidores,y loado el mal ingenio que acumuló tantas desdichas desarrolladas en el espacio de un par de horas, el cual ingenio solía estar cuajado en las romas molleras de don Luciano Francisco Comella, don Gaspar Zavala o don Fermín de Rey. Cualquiera de los tres, con los monstruosos abortos de su «inspiración», bastábase para embrutecer más de lo que ya lo estaban a todos sus partidarios.

Despojáronse los cómicos de los marciales arreos con que habían representado la obra y tornaron a ser quienes de ordinario eran en la vida corriente: «La Tirana», «La Pichona», la García Hugalde, Lorenza Correa, «La Caramba»; y ellos, Manuel Martínez, Aldovera, Simón de Fuentes, y fuéronse buscando el camino de sus casas, en donde les esperaba, primero el santo «rosario» y después, la cena, más o menos frugal, según los posibles de cada uno, que dicho sea de paso no solían ser muy abundantes.

En la puerta de la calle del «Lobo», que es donde la tenía y la tiene aún el escenario del viejo coliseo del «Príncipe», esperaba una silla de manos, y junto a ella, al amor de un menguado farolillo de aceite, dos honrados mozos galaicos o astures—tanto monta—atizando descomunales chupadas a dos apestosas tagarninas.

Un «apretador» de la «cazuela», paisano de entrambos les ayudaba a conllevar la espera, dándoles cuenta del triunfo que tuvo su ama aquella tarde, y de los muchos y buenos partidos que *bebían los vientos* por ella, no siendo de los que menos demostraciones hacían el mismo presidente de la Junta y corregidor del Concejo, don Juan Antonio de Armona.

Salió al fin la famosa comedianta, muy bien asistida por cuatro *petimetres*, un abate y un marqués más viejo que un palmar, que no faltaba ninguna tarde, sobre todo, si por fin de fiesta cantábanse seguidillas del «Arroyito».

Los mozos silleteros pusiéronse mansamente en las varas de la litera, como mulas de alquiler; dió la cómica por despedidos sus cortejos, despachándoles con muy buenas palabras, en las que había una lisonja para cada uno, arrellenándose en el asiento dió orden para que los mozos emprendieran la marcha.

El farolillo, colgado en la diestra vara, valía, no para alumbrar el camino, sino para que los escasos viandantes que se aventuraban entre las primeras tinieblas de la noche no tropezasen con aquella breve comitiva.

Al llegar al cruce de una calle, fueron advertidos unos bultos agazapados en las sombras. A otra persona que no hubiera sido su linda merced pusiéranla espanto en el ánimo, pero ella conocióles muy bien; eran sus incondicionales admiradores.

—¡Vaya con Dios la sal de España! ¡Viva la joya más bonita que tiene el coliseo del «Príncipe»!...

Ella entonces, asomando su linda cabeza por la ventanilla, respondía aderezando la voz más suave y bien entonada que sabía florecer en su garganta:

—¡Adiós, caballeros; hasta mañana; voy muy agradecida!

—Ya sabe su merced—respondía uno de ellos por todos—que nos tiene a su mandar.

Y dicho esto, apartábanse los fervorosos como los mortales más satisfechos de la tierra, porque llevaban vibrando en los oídos la voz de la comedianta insigne, que cada tarde sabía conmoverles en malas comedias con el prodigio de su arte exquisito.

Llegaba a su casa la señora Rosario (pongamos que la tal fuese la magnífica «Tirana», ídolo del arte escénico de su tiempo), y en el portal, en la escalera y en el recibimiento, gustaba las mismas muestras de admiración.

Sin detenerse, hacía reverencia a cuantos le salían al paso, y pidiendo que la dispensasen unos momentos, se entraba a quitarse la ropa de la calle, reapareciendo al cabo de un buen espacio envuelta en una magnífica bata chinesca, toda pájaros y colorines.

A este tiempo ya había salido la fámula de la casa diciendo a los incondicionales de su ama, que ésta les suplicaba, que fuesen servidos de pasar adelante; hacíanlo ellos de muy buena voluntad, puesto que no a otra cosa habían acudido y embocaban en una amplia pieza, aderezada con unas cortinillas de lana carmesí, *tirando* a damasco, una sillería tapizada de la misma tela, media docena de cornucopias, un retrato de la famosa comedianta, debido a los inmortales pinceles de Goya, una guitarra portuguesa, con su gran lazo verde en el clavijero, y un clave, sobre el que había papeles de música y ejemplares de comedias. No faltaba tampoco una imagen de la Virgen de la Novena (patrona de los cómicos desde 1624), algún cartel, y bordado sobre cañamazo un perrito de lanas, llevando en la boca una tarjetita en la que se leía: «Lo hizo de seis años María del Rosario Fernández. 1761.»

Hablábase del tiempo, tema obligado siempre que no hay otro más interesante de que tratar. Comentábanse los lances que hubieron de ofrecerse durante la representación de la comedia. Hacíanse pronósticos sobre la nueva «federicada» de Comella. Traíase a colación el ejemplar arrepentimiento en que por aquellos días florecieron los escándalos de «La Caramba».

Pasada cosa de media hora volvía a aparecer la moza de servicio, y llamando a una parte a su ama como para darle una razón urgente cuchicheaban entrambas por un buen espacio. Volvía la señora Rosario a su cohorte y decía haciendo muchos mimos:

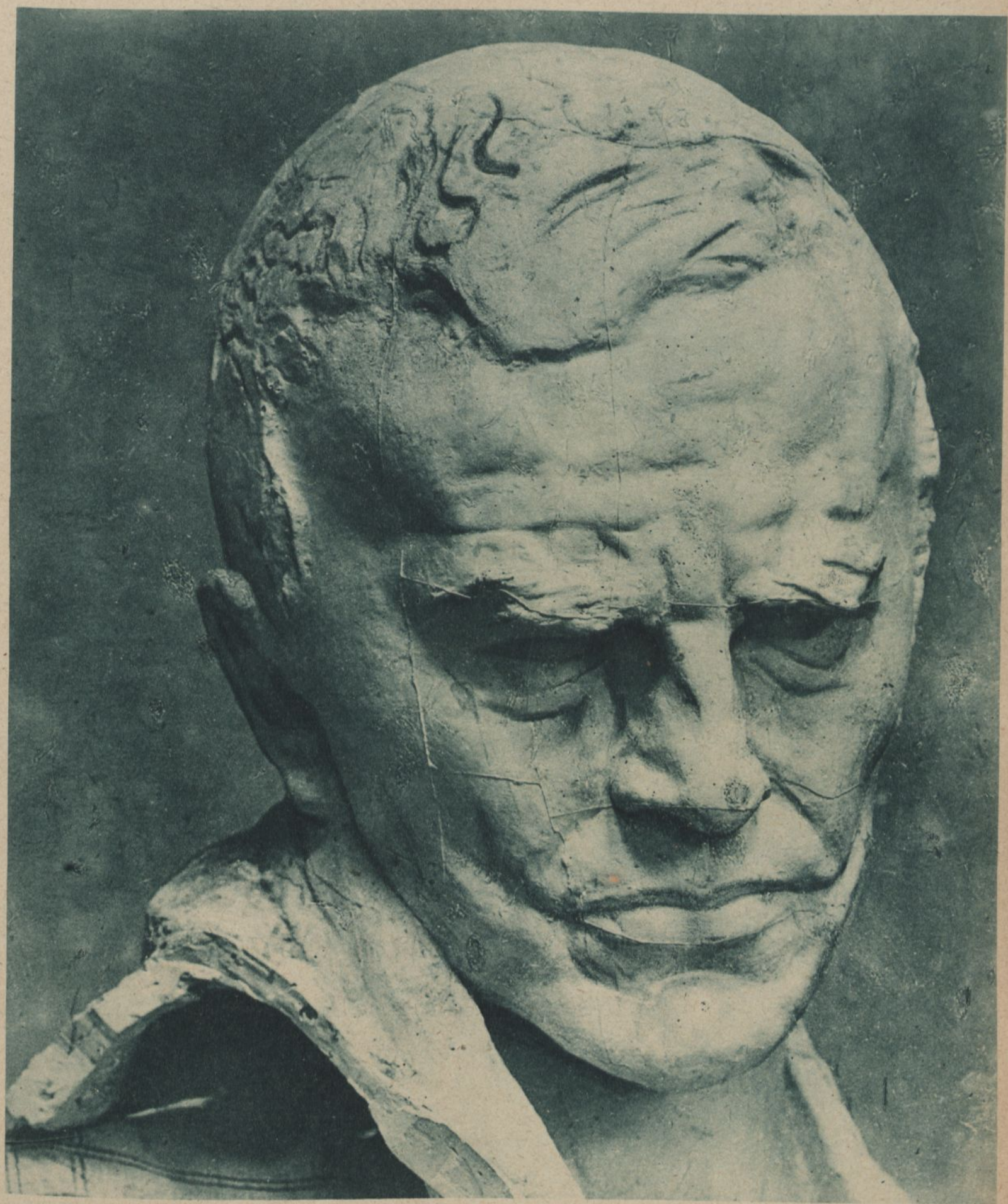
—Amigos, ustedes ahora se irán a divertir, mientras que yo, ¡triste esclava de mi oficio!, aquí me quedo a estudiar esa maldita comedia que habremos de hacer el lunes y que me trae de cabeza.

Y así de como veíase libre de testigos inoportunos, recogíase junto a su verdadero cortejo, que ya hacía rato que la estaba esperando; «pelava un poco la pava» y sonadas las diez en la parroquia, volaba el gavilán a su torre y quedaba la paloma en su nido.

Para contrarrestar nuestras imperfecciones deberíamos tratar al superior como a un rey, al compañero como a un superior y al inferior como a un compañero. Pero muchos han prosperado haciendo precisamente lo contrario

MUNDO IBÉRICO

REVISTA QUINCENAL ILUSTRADA



Arxiu Mas

JACINTO VERDAGUER.—Testa del escultor Borrell Nicolau

EL CINCUENTENARIO DE LA ATLÁNTIDA

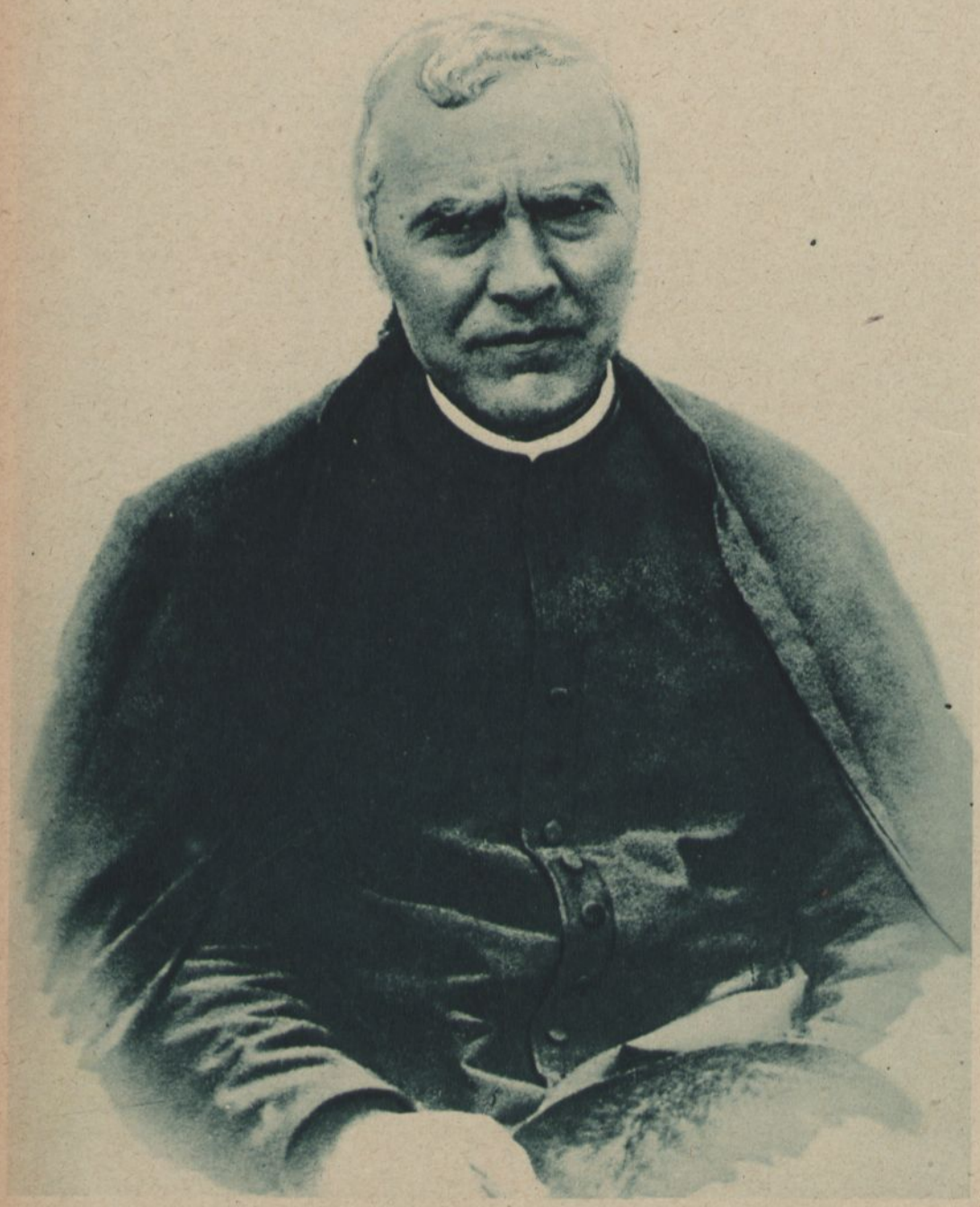
La figura del gran poeta catalán

por VALERIO SERRA BOLDÚ

Se cuenta de Jacinto Verdaguer que yendo un día a Vich, junto con unos cuantos arrapiezos de su edad, muy primeriza, se juntaron a una persona que hacía el mismo camino y hablando de la resistencia de todos ellos para correr, ofreció un duro al que primero llegara a la ciudad. Echaron a correr y Verdaguer les dejó atrás con gran ventaja.

Cuéntase asimismo que yendo un día al seminario de la patria de Balmes, pasaron junto a un campo de rastrojo e hicieron sus comentarios sobre quién aventajaría a todos corriendo descalzo por aquella pista erizada de punzas. Parece ser que el propietario de la finca ofreció diez reales al más valiente, y también fué Verdaguer quien primero llegó a la meta, con cuya suma compró en Vich el poema *Odisea*.

Ambas anécdotas demuestran la rusticidad y atletismo de que estaba dotado Verdaguer.



Arxiu Mas **El glorioso poeta catalán Mosén Jacinto Verdaguer, al cual se rinde fervoroso homenaje con motivo del cincuentenario de la publicación de su inmortal poema "La Atlántida".**

Sobre cuál fuese el libro que compró el chico de Folgarolas con los diez o más reales de su corrida, debemos consignar que en la Biblioteca de Cataluña se guarda un ejemplar del libro de M. Bailly, *Lettres sur L'Atlantide de Platon et sur l'ancienne historie de l'Asie*, que perteneció a la librería de Alejandro de Riquer, dentro del cual puso dicho dibujante un papel con la noticia de que fué comprado con la cantidad de marras y que al poco tiempo de su adquisición trataba ya de escribir el poema *L'Atlántida*.

De cuál fuese su fuente de inspiración, el propio Verdaguer nos indica en una carta fechada en 30 de diciembre de 1878, dirigida al canónigo Collell, estas palabras que traducimos: «Lo que me dices del primer plan del poema, era realmente de la Atlántida dentro del descubrimiento de América; pero eso lo he mantenido en secreto como un grande pecado literario de persona faltada de juicio, que creo no divulgarás. Lo que no me desagrada confesar es que Colón, esa gran figura que siempre he venerado, fué quien me llevó a ver la Atlántida; como en mi poema, la idea de ese mundo hundido despierta en el genovés la idea de otro continente.

La idea de la Atlántida me vino realmente de un capítulo del *Temporal y Eterno*, donde habla de las grandes catástrofes del mundo muchos años antes de que soñara en escribir el poema ni en dedicarme a la poesía. Es una de las primeras y más fuertes impresiones que he tenido en mi frecuente trato con los libros, que me entró mezclada con los cuentos de gigantes y lejanas islas encantadas, en que creíamos todos cuando niños y se acrecentó después en mi cerebro con todas las fantasías de la juventud, el espectáculo de robles estrellados por el relámpago, de aguaceros como el de Vich, del cual escribí hasta seis poesías que he perdido, y de todos los desastres que he tenido que presenciar en el mar y en la tierra.»

En el epílogo del poema alude su autor a la sugestión que le produjo la lectura de «una obra ascética de Nieremberg», no menos que el propósito de Solón de «cantar el gran fenómeno geológico del hundimiento de la Atlántida».

* * *

Obra de tanta magnitud, forzosamente había de ser penosamente concebida, máxime teniendo en cuenta la rica fantasía de su autor y la desventaja con que hubo de luchar falto de una preparación literaria y científica que le ayudase al desarrollo de su pensamiento.

Pero con la impaciencia de la juventud y el aliciente de que el gran Mistral iba a asistir a los Juegos Florales de Barcelona, Verdaguer, que en las fiestas de la Gaya Ciencia de los años 1865 y 1866, triunfó tan clamorosamente, quiso probar fortuna, y resueltamente envió su poema *Espanya naixent*, cosa algo así como un esbozo, un borrador de lo que más tarde fué *L'Atlantida*.

Aquel año presidió los Juegos Florales el poeta Víctor Balaguer, quien invitó a los poetas de más renombre: Federico Mistral, Bonaparte Wyse, y entre los castellanos, José Zorrilla, Gaspar Núñez de Arce y Ventura Ruiz Aguilera. Resultaron muy brillantes, pero la *Espanya naixent* no fué galardonada, y aun cuando Verdaguer tuvo una decepción y acudió a Barcelona según le expuso a Collell «para darle unos bastonazos a Balaguer», no siendo premiada la elucubración de Mosén Cinto salimos todos ganando, porque la mejoró bajo la dirección de Milá y Fontanals y con la experiencia adquirida en sus viajes por el Atlántico, realizados en calidad de capellán de un vapor de la Compañía Trasatlántica, a cuyo servicio entró en el mes de diciembre de

Jacinto Verdaguer cuando todavía no era más que un campesino que labraba la tierra paterna, en cuyos surcos debía lanzar luego la semilla gloriosa. Junto a él, el sauce a cuya sombra se reunía el «Esbart de Vich», jóvenes cuyos nombres que luego han sido ilustres, forman como una aureola invisible de recuerdos y de romanticismos en torno de la figura solitaria del poeta joven. Este cuadro inédito hasta ahora fué pintado por el señor de Torrens, compañero de juventud de nuestro más alto poeta.

1873, y allí estuvo hasta el día 21 de enero de 1875 en que pasó a prestar sus servicios de limosnero en el palacio del marqués de Comillas.

Dió el poeta sus últimos toques a *L'Atlántida*, y optando al premio ofrecido por la Diputación Provincial, probó nuevamente fortuna en los Juegos Florales de 1877, donde obtuvo un éxito rotundo. Con el poema verdagueriano echóse de ver de cuánta pastosidad era capaz la lengua catalana, mayormente con el estudio de los clásicos que había realizado su autor y con la aportación de las palabras vivas que aprendiera en los clásicos y en los cantos tradicionales.

Tan macizo resultaba el catalán empleado en *L'Atlántida*, que Menéndez y Pelayo, el crítico que más a fondo la estudió, pudo decir que resultaba más difícil de entender que un texto de los antiguos monumentos literarios escritos en la lengua de Oc, por cuya razón la Diputación Provincial dió a Verdaguer el encargo de traducirla al castellano, por sí o por tercera persona. La primera versión a la lengua de Cervantes se debe a Melchor de Palau, quien tuvo la colaboración del propio autor, y es la más divulgada, por más que en castellano la tradujeran también Francisco Díaz Carmona y José María de Despujol y de Dusay.

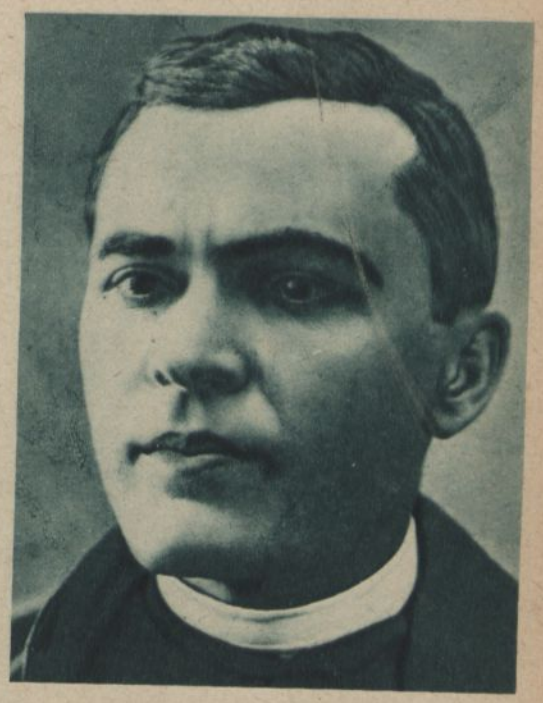
Seguida que fué la publicación de *L'Atlántida*, la crítica de toda Europa estudió aquella obra tan extraordinaria producida por una literatura novel, aunque era retoño de la que había producido a un Ausias March y a Raymundo Lulio.

Grandes y muy merecidos honores le valió a Verdaguer su obra; además que al castellano vió traducir *L'Atlántida* al portugués, al italiano, al inglés, al provenzal, al francés y al alemán, pero acaso entre todos los lauros alcanzados, uno de los que más indeleblemente quedaron grabados en su corazón puro y angelical, fué el siguiente:

En la peregrinación española que se efectuó a Roma el año de 1878, iba nuestro poeta entre los devotos. Fué recibida por el Papa, y sabiendo que entre los peregrinos se contaba el poeta Verdaguer, hizo León XIII que se lo presentaran, y entonces le habló de *L'Atlántida*, manifestándole sus deseos de conocer el poema de que tan grandes elogios había oído. Recordóle al despedirse la gran complacencia que tendría recibiendo la obra, y para más obligarle le prendió una medalla en el pecho.

Verdaguer cumplió gustoso la promesa, y poco tiempo después envió al Papa un ejemplar ricamente ataviado en piel de Rusia y unas decoraciones debidas al pincel de don Mariano de Picó, grande amigo de Mosén Cinto.

La dedicatoria, redactada por el Padre Fidel Fita, decía así: «*Leoni XIII, Pontifici Maximo, Regi Semper Augusto. — Devotus Sanctitati Majestatique ejus. — Hya-*



El autor de la Atlántida en 1877

No hay lengua moderna que iguale en poder y flexibilidad a la lengua catalana, tal como la maneja Verdaguer.

MARCELINO MENÉNDEZ Y PELAYO

Arxiu Mas

Seminaristas de Vich, con el traje típico que vistió también Mosén Cinto cuando estudiaba teología en aquella ciudad vieja y mística que eleva sus campanarios y sus tradiciones en la llanura verde y húmeda en el mismo corazón de Cataluña.

cintus Verdaguer, presbyter. Seguía este dístico a continuación : *I liber, i felix Magnum visure Leonem. — Si qua Tibi est laudis, summa sit ista Tuae.*

Arxiu Mas **El monumento a Jacinto Verdaguer en Barcelona.**

* * *

Verdaguer es quien de mayor manera ha enaltecido la lengua catalana con la volada de su numen. Antes que las obras de ningún otro autor traspasó las fronteras de Cataluña, y en nuestro territorio es el poeta más popular y más querido. Bien se echó de ver durante los días adversos que precedieron a su muerte, bien se manifestó en el acto de su sepelio, el más grandioso que ha visto Barcelona, bien lo demuestran las copiosas ediciones que de sus obras han ido agotándose, hasta hacer posible una colección popular de 15,000 ejemplares, que han penetrado en todos los hogares.

Y es que junto con su genialidad, el poeta estaba dotado de un corazón de oro y de una magnanimidad de carácter que encantaba a cuantos le hablaban. El pueblo que le conoció a través de sus obras místicas y patrióticas, adora en él; algunos de sus devotos hablan cándidamente de su beatificación. Conocimos a un señor que le honraba en un retrato, al pie del cual hizo pintar esta leyenda : «San Jacinto Verdaguer». Emilio Graells ha escrito recientemente : «Cuando nombramos a Mosén Cinto, le llamamos San Verdaguer».

Con motivo del cincuentenario de haber sido premiada *L'Atlántida*, que toda España está conmemorando, se han escrito por docenas los artículos encomiásticos. En uno de ellos, debido a la pluma del conde de Güell, marqués de Comillas, que no es un artículo crítico, sino una fantasía escrita para tejer una serie de recuerdos personales que se relacionan con el poeta, dice que la caída de este ídolo fué producida por el orgullo. No compartimos este criterio. Aun cuando quien escribió *L'Atlántida* y *Canigó* podía mirar a los demás mortales desde muy alto, un recuerdo tenemos demostrativo, si otros muchos no pudiésemos alegar, de su humildad de carácter.

El año 1901, uno antes de su muerte, la ciudad de Lérida le nombró presidente de sus Juegos Florales. Avisado de la hora de su partida de Barcelona, nos apercibimos en la estación de Bellpuig a reunirnos con él. Tomamos nuestro billete de tercera, y en efecto, a la llegada del tren nos llamó desde el último vagón. Estaban en él únicamente el poeta y una mujer del pueblo modestísimamente vestida.

Al llegar a Mollerusa nos asomamos a la ventanilla para llamar al Consistorio de los Juegos Florales que acudió allí a recibirle. Entran los literatos, y la buena mujer fué apartándose hacia el otro extremo del vagón. Cuando en Lérida entró el tren en agujas, apercibiéndose el poeta a descender del coche, coge un maletín, y alargando su mano a la humilde mujer, le dice :

—Con Dios, buena mujer, guardáos de mal y saludad a vuestro cura párroco.

—Muchas gracias, muchas gracias—articula a duras penas la interpelada.

Y como oyese un ensordecedor aplauso de salutación al genial poeta, nos llama aparte para preguntarnos :

—¿Quién es ese señor a quien tanto agasajan ?

—Es Mosén Jacinto Verdaguer...

La Poesía, del escultor Nicolau, en el monumento a Verdaguer.

—¡Ay! ¿Aquel tan sabio?... ¡Cuán mal me sabe... qué dirá de mí!

—¿Por qué?

—Pues porque desde Barcelona hemos viajado juntos y hemos hablado con una franqueza tal, que ni que se hubiese tratado del rector de mi pueblo.

—No importa, mujer, ya habréis visto que se trata de persona sumamente sencilla... Y decidme, ¿de qué cosas hablábais?

—¡Oh! Me fué preguntando qué es lo que hacíamos en mi pueblo por Semana Santa, en los bautizos, en los casamientos, en los funerales, en las fiestas del Rosario, qué sé yo; figúrese, en tan largo viaje; ya observaba yo que frecuentemente sacaba un lápiz y escribía en una libreta; pero quien mal no hace, mal no piensa...

* * *

La Oda a Barcelona

Esta Oda, afortunada entre todas las poesías de Mosén Cinto, fué reproducida por *La Revista Literaria*, el *Semanario de Mataró*, *El Ampurdán* y por otros periódicos. La tradujo al francés don Juan Vilarrasa; al rumano, el profesor de lenguas don Juan Daup. Don Juan Baradat publicó de ella una traducción en prosa castellana en *El Comercio*, de Manila, y fué publicada en fascículo aparte en verso castellano, por don Francisco Mas y Otzet, en Manila.

Don José Carulla publicó la primera traducción española en *La Civilización*.

Arxiu Mas **Monumento elevado en Folguerolas, el humilde pueblo natal de Mosén Cinto**

Además, nuestros compatricios de aquella ciudad enviaron al autor una magnífica corona de plata, que le fué entregada el 3 de diciembre de 1884 por una numerosa comisión de artistas y escritores catalanés. Mosén Cinto llevó la corona a la Virgen de Montserrat, dando cuenta «a los catalanes de Filipinas» con unos versos llenos de ternura mística.

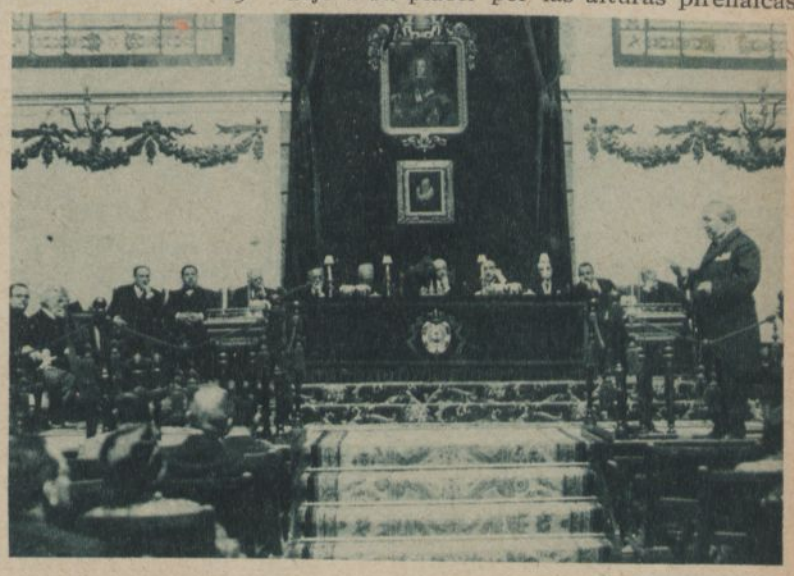
El Ayuntamiento de Barcelona, presidido por el inolvidable Rius y Taulet, acordó en su sesión de 8 de mayo de 1883, hacer una edición de cien mil ejemplares, y en el Consistorio del 19 del mismo mes, regalarle una gran medalla de oro.

No sólo premios y laureles proporcionó a Mosén Cinto la Oda a Barcelona; le hizo también un gran servicio que no queremos dejar de consignar:

Recorría el poeta los Pirineos en el verano de 1884, estudiando su leyenda «Canihermosa montaña de Pontargent, los aduagó», cuando una mañana, al dirigirse a la neros franceses, no acostumbrados a ver sacerdotes por aquellos parajes, sospecharon fuera un revolucionario disfrazado de cura que fuese a secundar por allí el movimiento que acababa de estallar en Badajoz. Detenido, le llevaron a la villa de Aulús, y como no llevara más documentos que los eclesiásticos, y éstos estaban en latín y no eran entendidos por los aduaneros, éstos no quisieron soltarle. Entonces recordó que llevaba un ejemplar de su «Oda a Barcelona» con su retrato, que providencialmente le identificó, sirviéndole de pasaporte.

El sargento le pidió mil perdones, y le dejó a su placer por las alturas pirenaicas.

Lápida que dará el nombre del glorioso poeta catalán a una nueva calle de la capital de España.



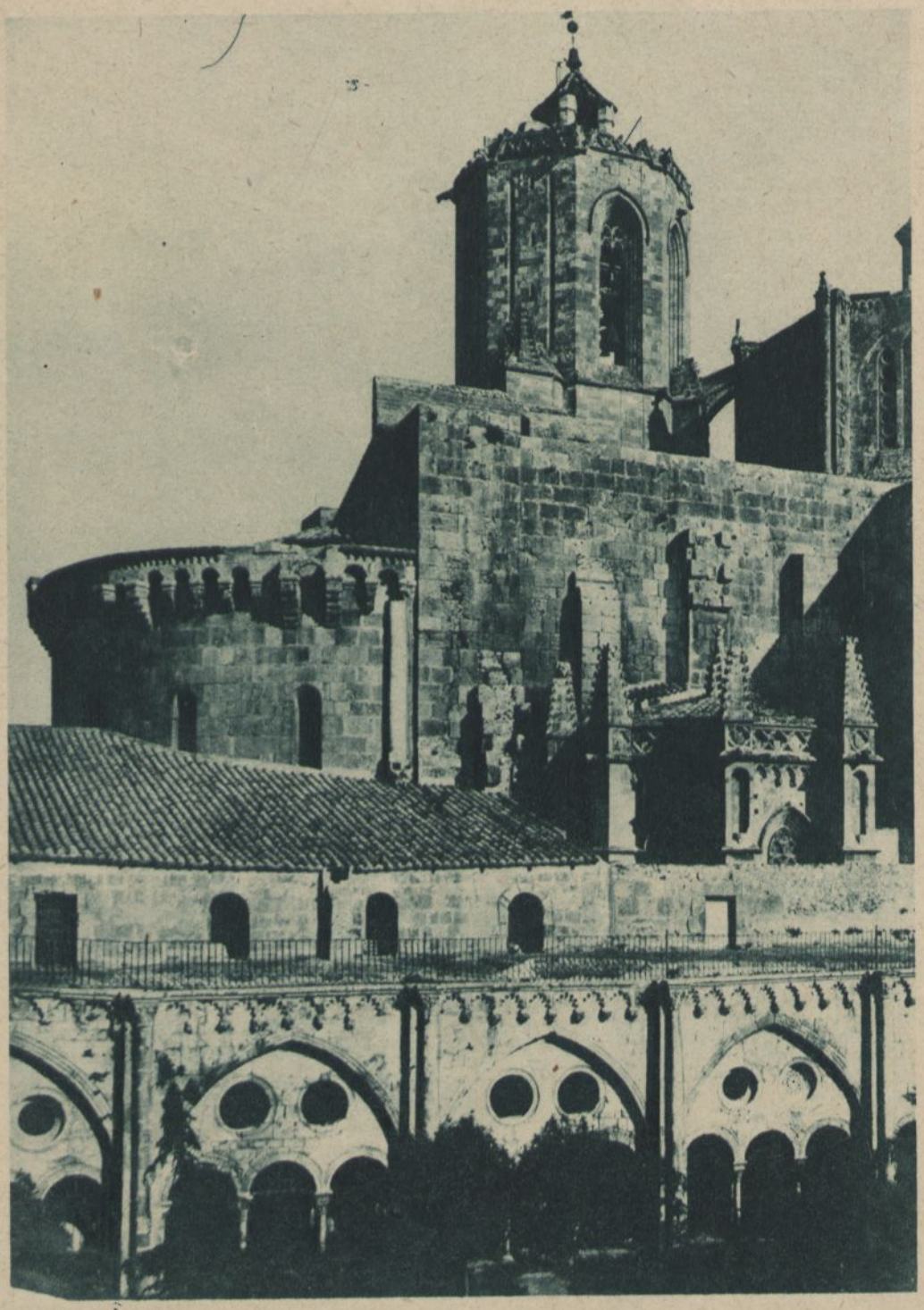
En la Real Academia Española. Homenaje a Verdaguer, organizado por el "Casal Catalá"

TARRAGONA

por JUAN GUTIÉRREZ GILI

Es fácil llenar de evocaciones el panorama de esta prestigiosa ciudad. A veces esperamos que aparezcan los carros de las risas bacanales bajo el cielo que es como una viña madura. Y en los amaneceres del balcón del Mediterráneo, parece que Venus ha dejado matizadas con su piel las arenas.

A no ser por las campanadas de la catedral, tan ortodoxas, cronológicas y rezadoras, se diría que aún al otro lado de las aguas el emperador Augusto reparte las regiones en su consulado, convirtiendo a Tarragona en cabeza de la Provincia Citerior, cuyo nombre, según unos es «junta de pastores» en lengua de Aram; según otros «Tarraco» por el nombre de un capitán egipcio; «tierra de Acon» o sea de Fenicia, por sus colonizadores; «terra agonum» que significa país de difícil posesión. Hasta se le han querido buscar raíces vascuences que nos darían esta interpretación: «tierra buena de bueyes». Pero la más noble, la más sonora y significativa denominación es la de Alcázar o Palacio, de la lengua Siria.



Entre un cielo y un mar de fáciles evocaciones profanas, sobre una tierra áspera como el cilicio cristiano, la catedral de Tarragona es uno de los pocos monumentos que presentan definidos, con pureza y mutua armonía, los elementos del arte románico y las espiritualidades del estilo gótico.

Libro de piedra

Cada aspecto de esta ciudad que recibe el homenaje del mar y del río Francolí, es una página distinta para el estudio de la historia y la arqueología.

Tarragona ha salvado de las vicisitudes históricas y de la mordedura del tiempo lo que pudiera llamarse última y perpetua juventud.

Los mahometanos la dejaron convertida en un rescoldo ruinoso, del cual se levantaron ascuas centenarias de torres y arcos, y blancas llamas marmóreas de excavación.

Así la ciudad de hoy cuenta con un interesante Museo Provincial y con el barajado y adulterado museo de sus calles y plazas.

Mas no queramos enterarnos de todo a un tiempo. Apeémonos del automóvil de la avidez excursionista, y detengámonos, paso a paso, ante la página diversa de la catedral.

Desde el anfiteatro a la media luna

La catedral cristiana en los primeros siglos de la iglesia debía de estar enclavada en el sector pagano de la ciudad, en el recinto de los dominadores, acaso junto a unas termas, o en el fondo de un patio insospechado. La perseguida grey tendría que improvisarla oscura y pobremente allí donde se veneran hoy las reliquias de los Santos Fructuoso, Augurio y Eulogio, depositadas en una urna de mármol.

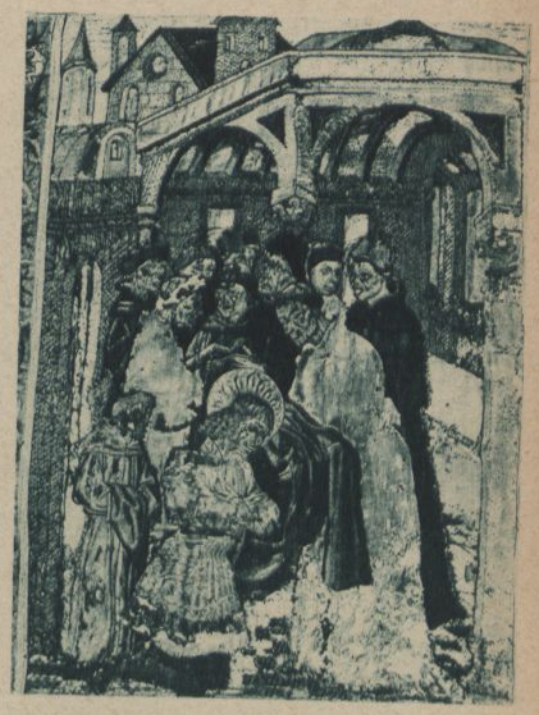
Tenía que transcurrir mucho tiempo hasta que un prócer de Cervelló, llamado Hugo, dejara mil morabatines para iniciar los trabajos de alzar la fábrica del nuevo templo. Tenía que sobrevenir antes la contienda arriana, que terminó con el martirio de San Hermenegildo, y fué preciso, después de la decadencia gótica, que la ciudad sobreviviera a la invasión sarracena.

Cuatro siglos después del paso de la media luna por el horizonte que a principios de nuestra era se extremeció con el vuelo del águila romana, se realizó la obra de erigir, sobre las ruinas del antiguo templo pagano, la basílica amparada por el glorificado brazo de plata de Santa Tecla.

Y en octubre de 1287, bajo el arzobispado de don Rodrigo Tello, quedó terminada y fué bendecida la nueva catedral.

Napoleón y los incendiarios

El paso de las huestes napoleónicas dejó en Tarragona, como en todas partes, huella funesta de destrucción y bandidaje. Pero en aquella gesta de un pueblo conjurado por la voz del suelo contra la rapacidad y el orgullo de las nuevas águilas, no fué tan sólo el invasor quien holló el patrimonio artístico de España. En infinidad de ciudades, lugares y villas, los mismos defensores del solar se vieron obligados a convertir en moneda, con que poder atender a las necesidades del ejército, numerosas imágenes, joyas y objetos de metales preciosos, pedrería y orificia,



Sólo la Catedral de Reims puede competir con la de Tarragona en la riqueza de sus tapices. Las escenas de la vida de San Luis de Tolosa fueron labradas hace cinco siglos.

hasta entonces custodiados celosamente por los veladores del culto.

Desde el comienzo de la guerra de la independencia, en los primeros meses del año 1808, hasta la toma de Tarragona a últimos de junio de 1811, se realizaron estos sacrificios del tesoro artístico religioso, y como si fueran pocas las manos de las corporaciones que tuvieron que violentarse hasta ese extremo en aras de un ideal común, ayudadas por las garfas de la soldadesca intrusa que dieron buena cuenta de cuanto pudieron, saqueando, robando, desgarrando ornamentos y cortinajes, ora por desenfrenada codicia, ora por salvaje placer de destruir, la tea incendiaria vino más tarde dispuesta a completar la obra destructora.

No es posible tocar este punto sin hacer una obligada digresión. Llena de augustos fantasmas doloridos, surge la evocación de un arruinado monasterio, orgullo de la provincia de Tarragona, mengua del vandalismo societario. Me refiero al formidable cenobio de Poblet. Allí descansaron en paz hasta el progresista siglo XIX, los restos del insigne linaje de don Jaime I el Conquistador, el que puso en su corona el maravilloso diamante de Mallorca, el que ahuyentaba a la morisma con la cola de su caballo. Allí erigió Pedro IV los bellos sepulcros reales, y allí se levantó la cámara-mausoleo de los duques de Segorbe y Cardona.

En este frontal aparecen los apóstoles San Pedro y San Pablo. Dos veces con los atributos de su vida y santidad.

La catedral de Tarragona, en 1856, tuvo que dar acogida a los restos del inmortal monarca aragonés, expulsado de su primera tumba por las hordas de la libertad; y el traslado se hizo en la propia urna regia, con toda pompa y dignidad.

Después de tantas vicisitudes, milagro parece que no hayan dado fin, entre unos y otros, a la colección de tapices de la catedral de Tarragona, que vamos a describir. Pero antes procede dar una idea de lo que es ese monumento que atesora una riqueza textil sólo comparable, por su valor y su arte, con la estupenda colección que se guarda en la heroica y trágica catedral de Reims.

Arte de transición. Pureza de estilos

Museo viviente de la arquitectura eclesiástica de Cataluña, ofrece la catedral de Tarragona muestra definida de todos los estilos que florecieron en esta tierra, desde el románico, pasando por el bizantino al que ahogó el gótico, hasta el renacimiento No dejaron de hacer aportaciones el árabe y cierto barroquismo afiligranado debido al escultor Juan de Tarragona que abigarró el altar mayor de miniaturas.

Estilo normando llaman algunos al predominante en esta arquitectura transitoria entre el románico y el gótico. La fachada principal está sin terminar; es del siglo XIII y tiene dos triángulos truncados que con tres ventanales, símbolo de la fe, debían haber servido de pedestal a la imagen de la patrona Santa Tecla.

Entre los imagineros que trabajaron para esta catedral se cuentan el maestro Bartolomé, de Gerona, y Jaime Castells, de Barcelona, más otros tres de Selva del Campo, llamados Roig, Montagna y Torroja, cuya obra es más tosca que la de los anteriores

Como dando corte a la Virgen que en medio de la puerta central tiene al Niño en brazos, están a derecha e izquierda los apóstoles. En el interior sorprende la robustez y elegancia de los diez pilares aislados rematados por sobrios capiteles románicos; cada machón, para suavizar la rigidez de las aristas está recorrido de nervios abocelados que se cruzan en la bóveda. En el fondo del ábside se abren tres grandes vitrales, y más altas y reducidas hay siete ventanas. Sobre la puerta del pórtico se abre un amplio y bello rosetón.

El cimborio con su lucerna octogonal, la sillería del coro, de estilo gótico del siglo XIV, el grave y bello claustro de 47 metros de contorno, todas las partes, en suma, de esta estructura de transición, ofrecen inagotable tema de estudio y comentario.

En este frontal aparecen los apóstoles San Pedro y San Pablo. Dos veces con los atributos de su vida y santidad.

ESTAMPAS MALLORQUINAS

Chopín y Jorge Sand en Valldemosa

por MARIO VERDAGUER

JORGE SAND. — Los ojos maravillosos abiertos al mundo de la fantasía, en un rostro andrógino donde la pulpa cordial de la boca se encendió en el carmín de las pasiones literarias. Sus enigmas sentimentales se hacen más penetrantes al aparecernos en este retrato vestida de hombre, tocada con el sombrero romántico de Alfredo de Musset.

En el verano de 1836 Jorge Sand iba todos los días a la tertulia del Hotel de France, en la calle Laffite, de París. Allí se reunían Eugenio Sué, Mickiewicz, el cantante Nourrit, Lamennais, Heine, Litz.

Todos hablaban del talento glorioso de Chopín.

—¡ Traédmele ! — exclamó un día Jorge Sand.

Y Hiller llevó una noche a Chopín.

Ellos se miraron por la primera vez. Él era tímido y frágil como una señorita. La escritora le contempló con unos ojos ávidos, llenos de negras sombras ansiosas.

Y entonces fué cuando Chopín dijo a Hiller :

—¡ Qué ser más antipático esa Jorge Sand ! ¿Se trata verdaderamente de una mujer ? Permitidme que lo ponga en duda.

Y aquel artista, que era un ángel de bello rostro con la delicadeza de una pálida mujer triste, se sintió poseído de oscuros presentimientos.

Y se separaron.

Ella, que era como un hombre de veinte años, fumaba desmesuradamente, jugaba a la princesa, y se reía del público, a quien

FEDERICO CHOPÍN.—Polonia le dió su sentimiento caballeresco y sus sufrimientos históricos; Francia su fácil elegancia y su gracia; Alemania su profundidad de ensueño. La Naturaleza le dió una figura elegante y estilizada, un aire enfermizo, un corazón noble y el genio. No fué de ninguna tierra, vino del país de Mozart, de Rafael Sanzio y de Goethe; del país de la poesía.

llamaba *jumento*. Y entre esos jumentos buscaba a sus amantes : Miguel de Bourges

Rodeada de olivos de pavonados verdes, aparece blanca con su caperuza de loza azul, la Cartuja de Valldemosa. Su albor palpitante se exalta sobre el fondo de oros y minios de las montañas del Teix. Envuelta en las claridades sutiles del invierno mallorquín en medio de un paisaje incomparable, donde el silencio y la soledad adquieren un sentido sagrado, inspiró a la dama literata los atormentados y copiosos capítulos de Spiridion y al músico enfermo sus más dolientes y siderales nocturnos. *(Litografía de la época)*